

LA PALABRA DE DIOS COMO EL ALMA DE LA VIDA PASTORAL DE LA IGLESIA EN LA COMUNIDAD ECUMÉNICA ¹

Cardenal Kurt Koch

Con ocasión de su «Congreso Internacional Bíblico-Pastoral», con el que celebran el cincuentenario de la fundación de su *Federación Bíblica Católica*, deseo darles a Vds. la más cordial bienvenida y felicitarles. No es casualidad que su Federación esté conectada a la Santa Sede a través del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los cristianos. La razón inicial de esta conexión es la iniciativa previsoramente de los Cardenales Augustin Bea y Johannes Willebrands, ambos presidentes de dicho Consejo Pontificio y para quienes la aplicación de la Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Revelación Divina *Dei verbum* en la vida y misión de la Iglesia fue una preocupación importante. El hecho de estar adscritos al Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los cristianos hace visible también la dimensión ecuménica de la pastoral bíblica de la Iglesia católica, que se fundamenta esencialmente en el hecho de que la Sagrada Escritura es común a todos los cristianos y que quizás no haya otra realidad que nos vincule más estrechamente a los cristianos de las diversas iglesias y comunidades eclesiológicas que la Sagrada Escritura.

Sin embargo, al mirar hacia atrás en nuestra historia, nos encontramos con lo contrario. Esto se debe a que nos damos cuenta de que los grandes cismas de la Iglesia occidental en el siglo XVI comenzaron con una lectura e interpretación controvertida de la Palabra de Dios y «en cierto sentido se extendieron a la Biblia misma»². Pero en el Movimiento Ecuménico también nos hemos dado cuenta de que la superación de los cismas de la Iglesia sólo puede ser posible a partir de una lectura común de la Sagrada Escritura. Este es un ejemplo del gran regalo que nos hizo la Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación, firmada hace veinte años, el 31 de octubre de 1999, en Augsburgo, por la Federación Luterana Mundial y el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los cristianos, y que desde entonces ha sido adoptada también por el Consejo Metodista Mundial, la Comunión Mundial de Iglesias Reformadas y la Comunión Mundial Anglicana. En cuanto a lo que es sin duda la doctrina más central de nuestra fe, que se convirtió en una de las principales razones del cisma en la Iglesia en el mundo occidental, esto marcó el logro de un

¹ Conferencia en el Congreso Bíblico-Pastoral Internacional «La Biblia y la Vida: Inspiración bíblica de toda la vida pastoral y de la misión de la Iglesia (VD 73): Experiencias y desafíos» con motivo del 50 aniversario de la fundación de la Federación Bíblica Católica en Roma el 23 de abril de 2019.

² J. RATZINGER, *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils. Ein Rückblick*, Cologne, 1963, 60.

amplio consenso que puede considerarse un hito ecuménico, al que se llegó principalmente porque protestantes y católicos escucharon juntos el testimonio dado por el Nuevo Testamento. Al escuchar juntos la Palabra de Dios, aflora una enorme fuerza oculta para la reunificación ecuménica de todos los cristianos. Para encontrar la unidad en la fe una vez más, debemos escuchar juntos la Palabra de Dios atestiguada en la Sagrada Escritura³.

1. La centralidad de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia

Esta dimensión ecuménica ha caracterizado también la pastoral bíblica en nuestra Iglesia Católica desde el Concilio Vaticano II. Con la Constitución Dogmática sobre la Revelación Divina, *Dei verbum*, que, en palabras del Cardenal Carlo M. Martini, puede sin duda ser reconocida como «posiblemente el documento más maravilloso del Concilio»⁴, situó la Palabra de Dios de nuevo en el centro de la vida de la Iglesia y expresó la centralidad de la Palabra de Dios con la siguiente declaración: «La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia»⁵. Este vínculo inseparable entre la Palabra de Dios y el cuerpo de Cristo, es decir, entre las dos mesas, se puso de manifiesto ya durante el Concilio Vaticano II al colocar la Sagrada Escritura en el centro de la Basílica de San Pedro para su veneración durante la Eucaristía, que se celebraba al comienzo de cada sesión principal.

Después del Concilio Vaticano II, los Papas también nos han recordado una y otra vez la centralidad de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. Esto nos recuerda la conocida Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* de 1975, en la que el Papa Pablo VI discernía la identidad más fundamental de la Iglesia en su actividad evangélica: «Evangelizar es, en efecto, la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar»⁶. Recordemos también la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, que el Papa Juan Pablo II escribió en la clausura del Año Jubilar 2000 y en la que presentó un programa pastoral para la Iglesia al comienzo del tercer milenio, haciendo especial hincapié en la necesidad de escuchar y proclamar la Palabra de Dios: «Esta es sin duda una prioridad para la Iglesia en los albores del nuevo milenio»⁷. Posteriormente, el Papa Benedicto XVI dedicó la Asamblea General del Sínodo de los Obispos en 2008 al tema «La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia». En su exhortación post-sinodal *Verbum Domini*, profundizó aún más en el fe-

³ Cfr. Ch. BÖTTIGHEIMER, *Die eine Bibel und die vielen Kirchen. Die Heilige Schrift im ökumenischen Verständnis*, Freiburg im Breisgau, 2016.

⁴ Carlo M. MARTINI, «Die Bischofssynode über das Wort Gottes», en: *Stimmen der Zeit* 133 (2008) 291-296, aquí 291.

⁵ *Dei verbum*, núm. 21.

⁶ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, núm. 14.

⁷ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, núm. 40.

cundo resultado de este sínodo, afirmando su convicción de que «No hay prioridad más grande que esta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante (cfr. *Jn 10,10*)»⁸. Y en su Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* de 2015, el Papa Francisco invitó a la Iglesia a empezar «una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, y a indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años»⁹.

Destacar la centralidad de la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia es, sin duda, el primer deber de la pastoral bíblica. Esto es sumamente cierto y urgentemente necesario en el mundo de hoy, en el que estamos verdaderamente inundados de palabras, y las palabras son propensas a la inflación, por lo que tendemos a decir, una y otra vez: «Son sólo palabras, nada más que palabras». En el mundo de hoy, el número de palabras –en la radio y en la televisión, transmitidas por medios convencionales y electrónicos, Internet y correo electrónico– ha aumentado enormemente, pero el valor de estas palabras también ha disminuido enormemente. A la luz de esta inflación de palabras, es grande el peligro de que las palabras que están en el centro del anuncio cristiano sean percibidas también como nada más que palabras, palabras que ya no tienen precio. Por lo tanto, es extremadamente difícil escuchar la Palabra de Dios entre las muchas palabras de la vida diaria. En esta situación, todos los agentes de la pastoral bíblica tienen la gran responsabilidad de testimoniar con sus acciones y sobre todo con su existencia que nuestra vida como seres humanos no se trata sólo de palabras, sino de la Palabra, la única Palabra de vida eterna, expresada de manera muy profunda en la Primera Epístola de Juan: «Pues la vida se manifestó, y la vimos; por eso os hablamos de ella y os hablamos de la vida eterna que estaba con el Padre y que se nos ha dado a conocer» (1 Jn 1,2).

2. Dimensiones del servicio pastoral bíblico de la Iglesia

Si reflexionamos sobre el sentido de la Palabra de Dios para la existencia de los cristianos y para la vida de la Iglesia, nos daremos cuenta de una manera nueva de que, como dice la *Verbum Domini*, la Biblia es el alma de todo el ministerio pastoral ordinario y extraordinario, ya que nos lleva a «una mayor conciencia de la persona de Cristo, que revela al Padre y es la plenitud de la revelación divina»¹⁰. Esta declaración cubre básicamente todas las dimensiones de la pastoral bíblica.

a) La «mesa puesta» de la Palabra de Dios

Ante todo, debemos darnos cuenta de que en la Sagrada Escritura nos encontramos con la revelación divina, específicamente nos encontramos con Dios mismo que nos habla. Esta idea debe definir la manera en que tratamos la

⁸ BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, núm. 2.

⁹ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, núm. 1.

¹⁰ BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, núm. 73.

Palabra de Dios y nos distinguirá de cualquier otra persona pensante de una manera característica: para una persona pensante el pensamiento precede a la palabra. Las personas que se han visto obligadas a escucharse a sí mismas primero para saber qué pensar no son personas que normalmente consideraríamos especialmente inteligentes, y mucho menos sabias, y con razón. Para el heraldo de la Palabra de Dios, sin embargo, la Palabra siempre precede a sus pensamientos. Naturalmente esto solo sucede porque no es su propia palabra la que anuncia, sino que es la Palabra de Dios la que se le acerca y la que primero debe recibir y aceptar. El heraldo no puede inventar la Palabra de Dios; sólo puede encontrarla, o mejor aún, dejemos que la Palabra lo encuentre a él. La Palabra de Dios siempre precede nuestro pensamiento en cuanto seres humanos, el pensamiento del heraldo sobre la Palabra de Dios es siempre un pensamiento reflexivo y contemplativo.

La pastoral bíblica es honesta y creíble cuando se propone poner la mesa de la Palabra de Dios para los humanos. Pero más bien vale lo contrario, es decir, que puede sentarse a la mesa que ya ha sido «puesta», es decir, a la mesa que ya ha sido puesta por Dios mismo. La tarea de la pastoral bíblica es, por tanto, ayudar a las personas a acceder a esta «mesa puesta» de la Palabra de Dios. Esto significa, sobre todo, que no debemos considerar la Sagrada Escritura como un libro del pasado y, por lo tanto, sólo hablar de los acontecimientos e interpretaciones del pasado. Esto haría que la Palabra de Dios apareciera principalmente como una Palabra del pasado, que debe ser interpretada históricamente. No cabe duda de que este trabajo es esencial y necesario para la comprensión de la Sagrada Escritura, ya que nosotros, como creyentes, debemos preocuparnos seriamente de escuchar con atención lo que dice el texto bíblico para poder entenderlo como tal. Ahora bien, si la exégesis histórico-crítica se practica como el único camino de acceso a la Sagrada Escritura y, por tanto, se absolutiza, entonces la Palabra de Dios permanece encerrada en el pasado y, en última instancia, se niega la Biblia en cuanto la Biblia y con ella su canon. Aceptar verdaderamente el canon como canon significa leer la Palabra de Dios más allá de su momento histórico, encontrar la Palabra de Dios no sólo como una Palabra pronunciada en el pasado, sino como una Palabra viva que Dios ha regalado a través del pueblo del pasado a los pueblos de todos los tiempos como una Palabra actual, que habla a nuestras vidas y toca nuestros corazones.

Las interpretaciones histórico-críticas y teológico-espirituales de la Escritura están inextricablemente ligadas a la pastoral bíblica¹¹. Es la única manera de escapar del doble peligro sobre el que el gran teólogo medieval Hugo de San Víctor, conocido como el «segundo San Agustín», llamó la atención en su época: Por un lado, los que proclaman la Palabra de Dios no pueden actuar como si fueran expertos en gramática que ignoran el alfabeto. Por otro lado, no

¹¹ Cfr. B. KÖRNER, *Die Bibel als Wort Gottes auslegen. Historisch-kritische Exegese und Dogmatik*, Würzburg, 2011.

pueden concentrarse sólo en el alfabeto porque de este modo pierden de vista la hermosa armonía de la gramática. No pueden simplemente tomar nota de la Palabra de Dios en un acto de pura curiosidad, sino que deben digerirla y asimilarla interiormente, para que se convierta en su propia palabra personal. Sólo entonces podrán transmitirla de una manera personal y llevarla a la gente, como lo dijo muy acertadamente el Papa Juan Pablo II en una de sus declaraciones: «Nutrirnos con la Palabra para ser “sirvientes de la Palabra” en la obra de evangelización». Dejarse alimentar debe preceder a la evangelización¹². Al principio somos siempre oyentes de la Palabra, porque sólo así podemos convertirnos en siervos de la Palabra.

b) La Palabra de Dios como persona y como Escritura

Este cuidado de la Sagrada Escritura es aconsejable, sobre todo por su contenido, ya que en ella encontramos lo que podríamos llamar las cartas de amor de Dios, dirigidas a su pueblo. Los individuos dan gran valor a las cartas de amor a nivel interpersonal; y sin embargo, al mismo tiempo son conscientes del hecho de que el remitente de esas cartas es más importante que las propias cartas. Esta diferencia debe ser percibida también como una fuente de orientación en la pastoral bíblica. Porque la Palabra de Dios que estamos llamados a proclamar no puede identificarse simplemente con la Sagrada Escritura. La Palabra de Dios no es principalmente Escritura, sino una realidad personal: Jesucristo mismo es la Palabra viva de Dios. En este sentido, la Palabra de Dios precede a la Sagrada Escritura y es ante todo una Persona, es decir, el Hijo de Dios hecho carne. Dios se ha revelado a través de Él; y la Sagrada Escritura testimonia y comunica auténticamente esta revelación.

Esta comprensión análoga de la Palabra de Dios, que es la base de la Constitución Conciliar sobre la Revelación Divina, *Dei verbum*, así como de la exhortación post-sinodal *Verbum Domini* del Papa Benedicto XVI, también conduce a una comprensión más amplia de la revelación de Dios. No debe entenderse como una mera comunicación de las verdades divinas, sino como un acto personal e histórico por parte de Dios, que la convierte en un acontecimiento vivo, personal y comunitario o, en palabras del cardenal Joseph Ratzinger: «La revelación, en el ámbito cristiano, no es un sistema de frases, sino un acontecimiento histórico y, para el creyente, un acontecimiento permanente de una nueva relación entre Dios y el hombre»¹³. Puesto que Dios se reveló a sí mismo en la historia, y en ella en última instancia en la persona de Jesucristo, Su revelación es más que lo que está escrito. La revelación de Dios precede a la Sagrada Escritura y «se encuentra en ella, pero no es simplemente idéntica a ella». La revelación de Dios es más que su principio material, que es

¹² JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, núm. 40.

¹³ J. RATZINGER, *Das Problem der Dogmengeschichte in der Sicht der katholischen Theologie*, Cologne y Opladen, 1966, 19.

la Sagrada Escritura; es «la vida, que habita en la Iglesia y da vida a la Escritura iluminando sus profundidades ocultas»¹⁴.

En este sentido fundamental, la fe cristiana no reconoce ni la *inlibración*¹⁵, ni mucho menos la *enpalabración*¹⁶, sino la encarnación del Hijo de Dios en la persona de Jesús de Nazaret. Esta es la razón más profunda por la que el cristianismo no es una religión de libro, como lo es el judaísmo y, de otra manera, el islam; profesa una persona en la que la fuente divina de toda realidad se manifiesta y se revela como amor. La quintaesencia del cristianismo puede resumirse en las palabras de Thomas Söding, un estudioso católico del Nuevo Testamento: «El cristianismo tiene una Sagrada Escritura, pero no es un libro de religión. En el corazón del cristianismo está el hombre: Jesús de Nazaret. Por medio de él, la humanidad se une con la divinidad, y Dios con la humanidad»¹⁷.

La Sagrada Escritura es indispensable para reconocer y conocer a Jesucristo como Palabra viva de Dios, precepto expresado por san Jerónimo, el gran exégeta en tiempos de los padres de la Iglesia, en esta sucinta declaración: «La persona que no conoce las Escrituras no conoce el poder y la sabiduría de Dios. La ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo»¹⁸. La cuestión de quién es Cristo y la cuestión de cómo debe leerse la Sagrada Escritura están, por lo tanto, inextricablemente ligadas. Puesto que Jesucristo es la Palabra viva de Dios y, se podría decir, se interpreta a sí mismo en las palabras de la Sagrada Escritura, uno debe familiarizarse con la Sagrada Escritura para conocer a Cristo. Por el contrario, la Escritura permanece paciente y profana, sin sentido sin un encuentro personal con Cristo. La Escritura sólo nos habla si nos lleva a vivir en una relación personal de amistad con Jesucristo como Palabra viva de Dios en la comunión de fe de la Iglesia.

c) *La Palabra de Dios en el ámbito de la Iglesia*

A la comprensión personal del remitente de las cartas de amor divino corresponde también una comprensión personal de su destinatario. Porque la revelación divina como acontecimiento vivo y personal sólo puede llegar a su fin cuando ha sido recibida en la fe por aquellos a quienes ha sido dirigida. Puesto que una revelación que no es recibida tampoco puede ser revelada a nadie, el concepto de revelación debe incluir siempre al sujeto receptor.

¹⁴ J. RATZINGER, «Bemerkungen zum Schema „De fontibus revelationis“», en IDEM, *Zur Lehre des Zweiten Vatikanischen Konzils = Gesammelte Schriften*, Band 7/1, Freiburg im Breisgau, 2012, 157-174, aquí 165.

¹⁵ Nota de la traductora: en el original alemán “inlibration”.

¹⁶ Nota de la traductora: en el original alemán “inverbation”.

¹⁷ Th. SÖDING, «Gotteswort durch Menschenwort. Das Buch der Bücher und das Leben der Menschen», en: K.-H. KRONAWITTER – M. LANGER (eds.), *Von Gott und der Welt. Ein theologisches Lesebuch*, Regensburg, 2008, 212-223, aquí 219.

¹⁸ JERÓNIMO, Prefacio al *Comentario a Isaías* (PL 24,17).

Este sujeto no es principalmente el cristiano individual, que sólo puede creer junto con toda la Iglesia como un co-creyente. Más bien, los verdaderos destinatarios de la revelación de Dios y de su auténtica expresión en la Sagrada Escritura son el pueblo de Dios, y más específicamente Israel en particular, seguido por la Iglesia. Esto lo demuestra el hecho de que el surgimiento de la Sagrada Escritura es una expresión de la fe de la Iglesia y de que la Biblia es un libro de la Iglesia, surgido y transmitido por la tradición de la Iglesia, porque sin la Iglesia como sujeto creyente sería imposible hablar de la «Sagrada Escritura». Sin la Iglesia, la Biblia no sería más que una colección histórica de escritos, que evolucionaron a lo largo de todo un milenio. De esta colección de literatura, la Biblia se convirtió en «un libro», y más específicamente en la «Sagrada Escritura» con su doble entidad de Antiguo y Nuevo Testamento, pero sólo en virtud del paso del pueblo de Dios por la historia. La Sagrada Escritura se presenta como un solo libro, sobre todo porque ha evolucionado completamente a partir de las raíces del único pueblo de Dios y porque el autor de la Biblia es, en consecuencia, el propio pueblo de Dios, como señala Gerhard Lohfink, un estudioso del Nuevo Testamento: «La Sagrada Escritura no es un paquete de 73 libros atados como una idea de último momento, sino que creció como un árbol. Al final, se injertaron ramas completamente nuevas en el árbol: este era el Nuevo Testamento. Pero estas ramas también se alimentan de la savia de un árbol y son sostenidas por su tronco»¹⁹.

Reflexionando sobre la estrecha relación entre la Sagrada Escritura y la Iglesia, reconocemos que la Sagrada Escritura es y sigue siendo un libro vivo sólo a través del pueblo de Dios, en cuanto sujeto que la recibe e interioriza. Y viceversa, el pueblo de Dios no puede existir sin la Sagrada Escritura porque es el fundamento de su existencia, de su vocación y de su identidad. Esta identidad de la Iglesia está muy bien ilustrada en la escena bíblica de Lucas, donde muchas personas están reunidas en torno a Jesús mientras su madre y sus hermanos esperan afuera, deseando verlo (Lc 8,19-21). Para Jesús, esta escena es una buena ocasión para hablar de sus verdaderos parientes, aquellos que no son en absoluto simplemente idénticos a sus parientes biológicos. Porque los verdaderos parientes de Jesús, es decir, su madre y sus hermanos «son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica». Con estas palabras, Jesús indica el núcleo por excelencia de la comunidad de fe de la Iglesia. Escuchar y actuar según la Palabra de Dios forma familias y constituye la Iglesia. La verdadera familia de Jesús es el grupo de discípulos y, por tanto, la Iglesia, en cuanto resultado de escuchar y poner en práctica la Palabra de Dios. Así pues, la pastoral bíblica es obra de la Iglesia en el sentido más profundo posible, y es el alma del servicio pastoral de la Iglesia.

3. Viviendo con la Palabra de Dios

¹⁹ G. LOHFINK, *Bibel ja – Kirche nein. Kriterien richtiger Bibelauslegung*, Bad Tölz, 2004, 117.

Profundizando en la Sagrada Escritura, reconocemos que María es uno de los primeros parientes verdaderos de Jesús, porque se nos aparece como un icono de la disponibilidad para recibir y escuchar la Palabra de Dios. Es sobre todo San Lucas, el evangelista, quien retrata a María como la persona que es totalmente receptiva a la Palabra de Dios, como se refleja especialmente en tres pasajes evangélicos:

En la Anunciación del nacimiento de Jesús, se nos dice que María estaba muy preocupada por el saludo del ángel y «se preguntaba qué significaban sus palabras» (Lc 1,29). En griego, el vocablo que corresponde en castellano a «se preguntaba» remite a la palabra «diálogo». Lucas expresa así el hecho de que María entra en una conversación personal e íntima con la Palabra de Dios dirigida a ella, se compromete en un diálogo silencioso con Él y comprende el significado más profundo de esta Palabra.

María responde de manera similar en el relato de la Navidad, después de la adoración de los pastores al Niño Jesús acostado en el pesebre: «María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19). María traduce la experiencia de la Navidad a la Palabra y se sumerge en la Palabra, para que germine en el terreno de su corazón.

El Evangelio según Lucas contiene una tercera referencia a esta Palabra - Imagen en el relato de Jesús a los doce años en el templo: «Su madre conservaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón» (Lc 2,51). Naturalmente, el impacto de estas palabras se deriva de la frase anterior: «Pero no entendieron su respuesta». Lo que Lucas quiere expresar es que la Palabra de Dios no siempre puede ser comprendida de inmediato, ni siquiera por los que son creyentes y, por tanto, abiertos a Dios, pidiendo la humildad y la paciencia con la que María conserva en su corazón lo que al principio no entiende, allí donde poco a poco puede empezar a surtir efecto.

Estas tres escenas muestran que María estaba totalmente abierta a la Palabra de Dios. Por esta actitud fundamental, María es el arquetipo y la forma primordial de la Iglesia, formada por aquellos «que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica». Por lo tanto, María no tiene por qué estar entre las denominaciones cristianas; al contrario, es una compañera útil en el camino hacia la unidad de los cristianos, un don que nos será dado sólo si escuchamos juntos la Palabra de Dios. Juntos podemos aprender de María cómo la pastoral bíblica puede llevarse a cabo juntos de manera creíble. Como arquetipo de la Iglesia, María nos muestra cómo los cristianos debemos relacionarnos con la Palabra de Dios en la Iglesia, para que podamos sentirnos verdaderamente en casa en Su Palabra.

Los padres de la Iglesia acuñaron un concepto profundo al comparar este «sentirse en casa» en la Sagrada Escritura con un Jardín del Edén espiritual, a través del cual podemos pasear con el Dios vivo y maravillarnos de la belleza y

armonía de su plan de salvación. Quiero expresar mi agradecimiento a la *Federación Bíblica Católica* por su trabajo, que constituye una renovación constante de su invitación a la Iglesia y al Ecumenismo a pasear con Dios y su Palabra viva. Les felicito por el 50 aniversario de su fundación y les deseo una exitosa continuación de su trabajo, para que lo que el poeta Heinrich Heine escribió sobre el significado fundamental de la Palabra de Dios en la vida de los judíos se pueda experimentar una y otra vez también en nuestra Iglesia: «Los judíos, que aprecian el valor de las cosas preciosas, sabían muy bien lo que hacían cuando, al arder el segundo templo, dejaron a su suerte los utensilios de oro y plata para el sacrificio, los candeleros y las lámparas, incluso el pectoral del sumo sacerdote adornado con grandes joyas, pero salvaron la Biblia. Este era el verdadero tesoro del Templo»²⁰. Evidentemente los judíos sabían, y nosotros los cristianos también lo sabemos, que la Biblia nos regala las cartas de amor de Dios, dando testimonio del amor sin fin de este Dios que nos habla y por consiguiente nos da el don de Su Palabra.

²⁰ H. HEINE, «On the History of Religion and Philosophy in Germany» (Prefacio a la segunda edición alemana, en: *Complete Works*, vol. 5, Munich, 1976, 511.